

ros los únicos que padecen tan terrible enfermedad: son también víctimas de ella los lobos, zorras, gatos, caballos, cabras, carneros y ganado vacuno; y se cita como prueba de ello el caso de haber contraído la enfermedad de la rabia un mozo de caballos, el cual se hizo un rasguño en la mano con el diente de uno de estos, que había sido mordido, en el momento de propinarle un medicamento. Por fortuna no todos los que han sido mordidos por un perro rabioso, contraen tan penosa y terrible enfermedad; pues muchas veces el virus queda neutralizado en sus efectos por causa de haberse empapado en parte en los vestidos y no haber podido penetrar en la herida.

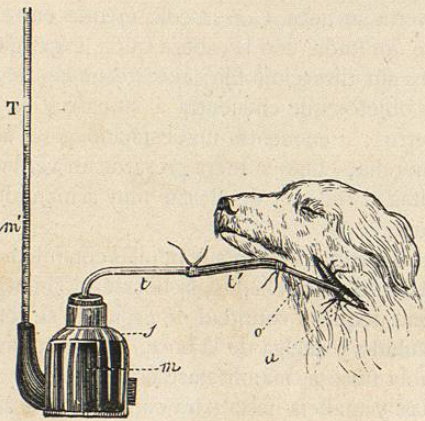


Fig. 185.—PERRO ENVENENADO CON CURARE, ABSORBIDO POR EL ESTÓMAGO (1)

En nuestros días se ha observado que la rabia es mas rara entre perros que van abozalados. Desde la introducción del abozamiento obligatorio y continuo para todos los perros, en el año 1854 disminuyeron considerablemente los casos de rabia en Berlín. Durante el año de 1845 fueron llevados á la escuela de Veterinaria treinta perros rabiosos, y en los siguientes hasta 1854 se presentaron respectivamente 17, 3, 17, 30, 19, 10, 68 y 83; en 1854 se registraron tan solo cuatro casos; en 1855 uno; en 1856 dos, y desde 1857 á 1861 no ocurrió ningun caso absolutamente.

Como por mucho que se diga, siquiera sea en interés del público, no se vulgarizarán nunca demasiado los conocimientos acerca de esta desesperante enfermedad, en todas sus formas y periodos; y como conviene que se aprecien debidamente los síntomas que le son propios, creemos necesario reproducir aquí el luminoso informe de M. Enrique Bouley (2), sobre la rabia canina, sus fases mas notables y los signos mas característicos de esta afección.

«La idea de la rabia en los perros, dice M. Bouley, implica en general la de una enfermedad que se caracteriza necesariamente por accesos de furor, ganas de morder, etc.

«Esta idea se halla tanto mas profundamente arraigada, cuanto que, fuera de su acepción patológica, la palabra *rabia* expresa la cólera, el odio, la crueldad y las pasiones furiosas.

(1) m, manómetro lleno de mercurio; m', mercurio que sube á cada latido del corazón por el tubo T, á una altura que no excede de 80 á 100 milímetros. (Bernard, *Sustancias tóxicas.*)

(2) Las siguientes consideraciones sobre la hidrofobia canina así como las relativas al uso fisiológico de los perros, que se insertarán á continuación, están tomadas de las adiciones hechas con notable inteligencia á la primera edición de la obra del Dr. Brehm, por el Dr. Gerbe, profesor de Embriogenia del Colegio de Francia. En el curso de esta edición, tendremos ocasión de reproducir algunas otras, no menos importantes, cuyo origen indicaremos por nota puesta al pie de la columna respectiva. (N. de los E.)

«Funesta preocupacion es aquella por la que se admite que la rabia es necesariamente y siempre una enfermedad caracterizada por el furor; y á fe que de todas las que se han arraigado respecto á este mal, es acaso la mas fecunda en consecuencias desastrosas, pues se permanece sin desconfianza junto á un perro enfermo, que no trata de morder, y que sin embargo puede estar rabioso.

«La prudencia exige, pues, que se desconfie siempre del perro que deja de presentar los caracteres, de una buena salud. Los primeros síntomas de la rabia, aunque vagos aun, son ya significativos para el que sabe comprenderlos.

«Consisten, como lo ha expresado muy bien Youatt, en un humor sombrío y una agitacion inquieta, que se traduce por un cambio continuo de posicion. El animal trata de huir de sus amos; se retira á su cesto, á su caseta, á los rincones de su habitacion ó debajo de los muebles; pero no manifiesta intenciones de morder. Si se le llama, obedece aun, pero despacio y como con sentimiento; crispado todo su cuerpo, oculta lo posible su cabeza entre el pecho y las patas anteriores.

«Muy pronto comienza á inquietarse; busca un nuevo sitio para descansar, y no tarda en abandonarle por otro; despues vuelve á su rincon, en el cual se agita de continuo, sin poder encontrar una postura que le convenga. Desde el fondo de su cama, dice Youatt, dirige al rededor de sí una mirada de indefinible expresion: su actitud es sombría y sospechosa; va de un individuo á otro de la familia, fija en cada cual sus ojos resueltos, y parece pedir á todos alternativamente un remedio contra el mal que le aqueja.

«Sin duda no son estos los que se pueden llamar síntomas patognomónicos, pero ¡cuán expresiva es ya esta pintura!

«Una de las particularidades mas curiosas é importantes de conocer en la rabia del perro, es la perseverancia de este animal en sus sentimientos afectuosos hácia las personas á quienes pertenece, sentimientos que se revelan aun en los periodos mas avanzados de la enfermedad. Tan arraigados se hallan, que el infeliz perro se abstiene con frecuencia de dirigir sus ataques contra aquellos que ama, aunque esté completamente dominado por el mal. De ahí vienen los errores en que incurren los dueños de perros rabiosos acerca de la naturaleza de su enfermedad. ¡Y cómo creer en la rabia, ni concebir siquiera una sospecha del perro á quien se ve siempre afectuoso y dócil, y cuya enfermedad se traduce únicamente por la tristeza, la agitacion y un salvajismo extraño! Fatales ilusiones son estas, porque el perro de quien no se desconfia, puede á pesar suyo dar un mordisco funesto bajo la influencia de una contrariedad, ó como sucede con frecuencia, á causa de un correctivo que le haya aplicado su amo, bien por no obedecer pronto, ó ya por haber contestado á la primera amenaza con un gesto hostil, reprimido al momento.

«Lo mas general es que el perro rabioso respeta á los que profesa cariño: si no fuera así, los accidentes hidrofóbicos serian mucho mas numerosos. pues la mayor parte de las veces, los perros atacados del mal, permanecen 24 ó 48 horas en casa de sus amos, en medio de las personas de la familia y de la servidumbre, sin que se sospeche la naturaleza de la enfermedad.

«En el periodo inicial de la rabia, cuando esta se ha declarado completamente, y en las intermitencias de los accesos, experimenta el perro una especie de delirio, que se puede llamar el *delirio hidrofóbico*. Se caracteriza por movimientos extraños, los cuales denotan que el animal enfermo ve objetos y oye rumores, que solo existen en lo que tenemos derecho á llamar su imaginacion. En efecto, unas veces permanece el animal inmóvil, atento y como al acecho, y otras

se precipita de repente y muere en el aire, como lo hace, en estado de salud, el perro que quiere cazar una mosca al vuelo. Hay ocasiones en que se lanza furioso y aullando contra una pared, cual si hubiese oido por el otro lado ruidos amenazadores.

«Razonando por analogía, está uno autorizado para admitir que estas son señales de verdaderas alucinaciones; pero cualquiera que sea la explicacion que se quiera dar, lo cierto es que tienen un gran valor diagnóstico, y que su extrañeza misma debe despertar la atencion para prepararse contra lo que anuncian.

«Sin embargo, los que no están prevenidos no darian importancia al hecho, tanto menos, cuanto que estos síntomas son muy fugaces, y basta para hacerlos desaparecer que se deje oír la voz del amo. Dispersados, dice Youatt, por su mágica influencia, aquellos objetos terroríficos se desvanecen, y el animal se arrastra hácia su amo con la expresion de cariño que le es peculiar.

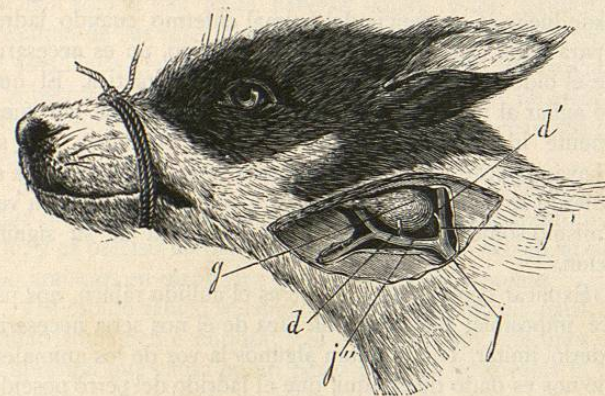


Fig. 186.—PERRO QUE TIENE DESCUBIERTAS LAS VENAS DE LA GLÁNDULA SUB-MAXILAR (1)

«Entonces viene un momento de reposo; los ojos se cierran lentamente; la cabeza se inclina; los miembros delanteros parecen doblegarse bajo el peso del cuerpo, y diríase que el animal se va á caer. Pero de repente se endereza; acométenle nuevos síntomas; mira al rededor de sí con una expresion salvaje; abre la boca como para coger un objeto que se halla cerca de él, y se lanza al extremo de su cadena, al encuentro de un enemigo que solo existe en su imaginacion.

«Tales son los síntomas que se observan en el periodo inicial de la rabia. Ya se comprenderá que no deben manifestarse siempre los mismos en todos los individuos, y que, por el contrario, se diversifican en su expresion, segun la naturaleza de los enfermos.

«Si antes del ataque de la enfermedad, dice Youatt, fuera el perro de un natural afectuoso, su inquieta actitud es elocuente; parece apelar á la compasion de su amo, y en sus alucinaciones no revela ninguna ferocidad.

«En el perro naturalmente salvaje, por el contrario, y en aquel que ha sido adiestrado para la defensa, la expresion de toda la fisonomía es terrible. Algunas veces aparecen las conjuntivas fuertemente inyectadas; otras apenas cambian de color; pero los ojos adquieren un brillo inusitado que deslumbra: diríase que son dos globos de fuego.

«En un periodo mas avanzado de la enfermedad, la agitacion del perro aumenta: va y viene; vaga incesantemente de un punto á otro, y de continuo se echa, se levanta y cambia de posicion de todos modos.

(1) g, glándula sub-maxilar; j, vena yugular externa que se divide en dos ramas; m, venas que circunscriben la glándula; d, vena glandular anterior; a', vena glandular posterior. (Bernard, *Líquidos del organismo.*)

«Hace su cama con las patas; la revuelve con el hocico, para formar un monton en el que parece complacerse en apoyar el epigastrio; pero de repente se levanta y lo rechaza todo lejos de sí. Si está encerrado en una caseta, no permanece un solo momento tranquilo; gira sin cesar en el mismo círculo; y si se halla en libertad, diríase que busca un objeto perdido, pues registra todos los rincones con un afan extraño, sin fijarse en ninguna parte.

«Y, ¡cosa extraña, y á la vez temible! hay muchos perros en los que parece aumentar el cariño á sus amos, y que se lo demuestran lamiéndoles la mano y la cara.

«Nunca se dirá lo bastante para llamar la atencion sobre esta singularidad de los primeros periodos de la rabia canina, porque ella, sobre todo, es la que mantiene mas viva la ilusion en el espíritu de los propietarios de perros. Se les resiste creer, en efecto, que aquel animal tan afable aun, tan dócil, tan sumiso, tan humilde á sus piés, que les lame las manos y les manifiesta su cariño con tantas señales expresivas, encierre en sí el germen de la mas terrible enfermedad que se conoce en el mundo! De ahí viene una ciega confianza, y lo que es peor todavía, una incredulidad, de la que son víctimas, con harta frecuencia, los que tienen estos animales.

«En la primera semana de noviembre de 1862, se presentaron en la Escuela de Alfort dos señoras con una niña de cuatro años, conduciendo un perro, á fin de hacer una consulta sobre el mal que le aquejaba. Le habian puesto un ligero bozal despues de llevarle sobre las rodillas todo el trayecto desde París á Alfort, y declararon que hacia tres días que estaba enfermo. Dijeron tambien que este perro tenia su cama en la misma habitacion que ellas y no las dejaba conciliar el sueño á causa de su agitacion: toda la noche la pasaba en vela; iba y venia de un lado á otro, arañando el suelo con sus patas. La vispera habian llevado ya este animal á la Escuela; pero desgraciadamente se les negó la entrada por haberse comprendido mal una consigna, y como hubiera pasado la hora de consulta, fuéles preciso subir á su coche y volver á París en compañía del enfermo, siempre acariciado por ellas.

«Pues bien; aquel perro estaba rabioso. Y sin embargo, los tres primeros días de su enfermedad habia respetado á sus amas, en cuya alcoba acostumbraba á dormir. En los dos viajes de París á Alfort, y en el de regreso de Alfort á París, le llevaron sobre las faldas y le acariciaron, sin que el animal les hiciera daño alguno ni manifestase siquiera ningun gesto amenazador que pudiera inducir á la sospecha. La niña fué menos afortunada: el domingo por la mañana, enojado el perro por alguna travesura, lanzóse contra ella y la mordió ligeramente en un muslo.

«Como manifestase yo á las señoras el asombro que me causaba su tranquilidad de espíritu durante aquellos tres días, á pesar de la continua agitacion del perro y de su inusitada agresion contra la niña, me contestaron: «¿Y qué sabiamos nosotras? Ese perro bebía muy bien y con frecuencia; ¿cómo habíamos de sospechar solo por esto que estuviese atacado de la enfermedad que decís?»

«La preocupacion respecto á la hidrofobia, es una de las mas peligrosas que se conocen por lo que hace á la rabia canina; y bien puede decirse que la palabra *hidrofobia*, que ha sustituido poco á poco á la de *rabia*, hasta en el lenguaje usual, es una de las mas detestables invenciones del neologismo, pues ha sido fértil para la especie humana en una multitud de desastres.

«Y es que, en efecto, esta palabra implica una idea, profundamente arraigada hoy en la opinion pública, por mas que sea radicalmente falsa, y se haya demostrado así por los hechos de todos los días.

»Atendido el nombre griego aplicado á la rabia, un perro rabioso debe tener horror al agua.

»Así pues, si bebe, no está rabioso; y partiendo de este razonamiento, que no puede ser mas lógico, muchas personas se duermen con engañosa seguridad al lado de los perros atacados del mal, que viven con ellas y se echan en su propia cama.

»Jamás hubo error mas funesto.

»El perro rabioso no es hidrófobo; no tiene horror al agua; cuando le ofrecen de beber, no retrocede espantado.

»Muy lejos de esto, acércase á la vasija, lame el agua, tragándola con frecuencia, particularmente en los primeros períodos de su enfermedad; y cuando el encogimiento de su garganta dificulta la deglución, aun trata de beber, y entonces, sus lenguadas son tanto mas repetidas, cuanto mas ineficaces. Muchas veces tambien, presa de su desesperacion, se le ve sumergir todo el hocico en la vasija y morder, por decirlo así, el agua que no le es dado absorber ya.

»Entonces sucede una cosa extraña y sumamente característica. Ya sea que en el perro exista á la sazón un verdadero trastamiento del apetito, ó bien que el síntoma que voy á señalar sea la expresion de una necesidad fatal é imperiosa de morder, á la cual obedece el enfermo, se le ve coger con los dientes, desgarrar, triturar y deglutir al fin una porción de cuerpos extraños á la alimentacion.

»La cama donde duerme en las perreras, la lana de las almohadas que hay en las habitaciones, los cobertores del lecho, los tapices, la parte inferior de las cortinas, las zapatillas, la yerba, la madera, la tierra, las piedras, el cristal, el estiércol de los caballos y hasta su mismo excremento, todo es mordido y devorado. Al hacer la autopsia de un perro rabioso, se encuentra con tanta frecuencia en su estómago un conjunto tal de cuerpos extraños á su naturaleza, en los cuales se ha ejercido la accion de sus dientes, que el hecho solo de su presencia basta para establecer la muy fundada suposicion de la existencia de la rabia. Esta sospecha se cambia en certidumbre cuando se ven los destrozos causados por el animal antes de morir.

»Estos hechos son un preludio: el perro desahoga su rábico furor en cuerpos inanimados; pero se acerca el momento en que el hombre mismo, por mucho cariño que le inspire, podrá ser fácilmente la victima.

»La baba no constituye, por su exagerada abundancia, segun se cree comunmente, un signo característico de la rabia del perro. Es por lo tanto un error inferir de la ausencia de este síntoma que la enfermedad no existe.

»Hay perros rabiosos cuyas fauces se llenan de una baba espumosa, especialmente durante los accesos. En otros, por el contrario, esta cavidad está completamente seca, y su mucosa refleja un tinte violáceo; particularidad notable sobre todo en los últimos períodos del mal. Finalmente, en otros casos no se nota nada de particular en cuanto á la humedad ó sequedad de la cavidad bucal.

»El estado de sequedad de la boca y del paladar, produce asimismo un síntoma de suma importancia, sobre todo bajo el punto de vista en que debe considerarse aquí la rabia canina, es decir, por lo que toca á su contagio posible con el hombre.

»El perro rabioso, cuyas fauces están secas, hace con sus patas delanteras, y á cada lado de la cara, los gestos propios de un perro que se atraganta ó tiene entre los dientes un hueso mal triturado. Lo mismo sucede cuando por la parálisis de las mandíbulas se abre la boca, segun se observa en la variedad de rabia que llaman *la rabia muda*, ó en un período avanzado de la furiosa.

»Nada tan peligroso como las ilusiones que se forjan en la

mente los propietarios de perros por la manifestacion de este síntoma. Para ellos, y *casi siempre*, es el indicio seguro de haberse atragantado un hueso, y deseosos de socorrer á sus perros, comienzan á examinar, y practicar operaciones que pueden producir los mas funestos resultados, bien por hacerse daño ellos mismos con los dientes al introducir sus dedos en la boca del enfermo, ó ya porque, irritado este, une convulsivamente las mandíbulas, causando mordeduras.

»El vómito es á veces un síntoma del principio de la rabia. Hay tambien ocasiones en que las materias arrojadas son sanguinolentas y se componen de sangre pura, que proviene seguramente de las heridas causadas en la mucosa del estómago por cuerpos duros de puntas agudas, que ha podido deglutir el animal.

»Este último síntoma tiene una gran importancia, porque siendo excepcional, puede suceder que no se conciba la idea de la rabia ni se aprecie en su verdadero valor.

»El ladrido del perro rabioso es característico, tanto, que al que conozca su significacion, le basta oírlo para asegurar desde luego la existencia del animal enfermo cuando ladra. Y para tener esta seguridad del diagnóstico, no es necesario que el oído esté ejercitado por una larga práctica. El que oyó aullar al perro rabioso una ó dos veces, queda tan fuertemente impresionado (suponiendo, por supuesto, que se le haya explicado la causa de aquella queja siniestra), que el recuerdo se graba en su memoria, y cuando percibe otra vez el mismo sonido, no se equivoca ya acerca de su significacion.

»Explicar con palabras lo que es el aullido rábico, nos parece imposible: para dar una idea de él nos seria necesario poderlo imitar, como imitan algunos la voz de los animales. Solo nos es dado decir aquí, que el ladrido del perro poseído de la rabia, se modifica notablemente, así en la modulacion como en el modo de emitirse.

»En vez de estallar con su sonoridad normal y de formarse de una sucesion de emisiones iguales en duracion é intensidad, es ronco y mas bajo de tono. A un primer ladrido con la boca abierta, sucede inmediatamente una serie de tres ó cuatro aullidos mas bajos, que parten del fondo de la garganta, y durante cuya emision no se unen del todo las mandíbulas cada vez, como sucede en los perros sanos.

»Seguramente que esta descripcion no puede dar sino una idea muy incompleta del ladrido rábico; pero lo importante, despues de todo, y bajo el punto de vista profiláctico, es que se recuerde que la voz del perro rabioso cambia siempre de timbre; y que su ladrido se ejecuta por regla general de un modo completamente distinto del fisiológico. Se debe, por lo tanto, desconfiar cuando la voz conocida de un perro familiarizado en la casa se modifica de repente, expresándose por sonidos inusitados que deben llamar la atencion por su extrañeza misma.

»Particularidad muy curiosa tambien del estado rábico, y que puede tener mucha importancia bajo el punto de vista diagnóstico, es el hecho de que el animal *enmudece* cuando experimenta un dolor. Cualesquiera que sean los sufrimientos á que se le someta, no deja oír, ni el silbido nasal, primera expresion de la queja del perro, ni el grito agudo con que indica el mas horrible padecer.

»Por mas que se le pegue, se le pinche, se le hiera y hasta se le quemee, el perro rabioso permanece mudo; y esto no porque sea insensible, pues trata de evitar los golpes, y cuando se enciende la paja de su cama, huye para ir á esconderse en un rincon. Cuando le presentan una barra candente, é impulsado por la rabia se arroja sobre ella furioso para morderla, retrocede inmediatamente despues de haberla tocado; y el hierro enrojado que se le aplica sobre las patas le hace

huir del mismo modo. Es evidente que en estas diversas circunstancias sufre el animal; la expresion de su semblante así lo dice; mas á pesar de todo, no exhala ni un grito ni un gemido.

»Sin embargo, si la sensibilidad no se extingue en el perro rabioso, debe ser menor que en el estado fisiológico. Así pues, obsérvese que cuando se le echa encima estopa inflamada, no se aleja inmediatamente ni se decide á marcharse hasta que el fuego le ha causado ya graves quemaduras. Ciertos individuos, aunque solo por excepcion, no sueltan la barra de hierro candente que han cogido con la boca.

»Estos hechos nos autorizan para admitir que los perros atacados de la rabia no perciben las sensaciones dolorosas con la misma intensidad que en el estado normal; y esto explica cómo puede suceder que desahoguen su furor hasta en sí mismos. Ya hemos referido la historia (1) de un perro faldero perteneciente al conde de Demidoff, que en un acceso de rabia se royó la cola con los dientes, acabando por desprenderla del tronco. En otros casos, los enfermos se arañan solo la piel hasta hacerse sangre, y las heridas que resultan de sus repetidos mordiscos, se parecen exactamente á esas llagas vivas que se observan con tanta frecuencia en los perros. Aquí se encuentra una causa posible de error de diagnóstico, contra la cual nunca se estará demasiado prevenido.

»Resulta, pues, que hay motivos para desconfiar del perro que no se muestra sensible al dolor en el grado acostumbrado; y es preciso no fiarse tampoco cuando se ven en su cuerpo arañazos en carne viva que aparecen súbitamente.

»El estado rábico se caracteriza además por una particularidad sumamente curiosa, y al decir esto nos referimos á la impresion que causa en un perro atacado de la rabia la presencia de un animal de su especie. Esta impresion es tan poderosa y eficaz para producir inmediatamente la manifestacion de un acceso, que no debe vacilarse en asegurar que el perro es el reactivo mas seguro para descubrir la rabia, todavía latente en el animal que la oculta.

»En la Escuela de Alfort nos valemos todos los días de este medio para aclarar las dudas en los casos en que el diagnóstico pueda ser incierto; y muy rara vez nos engañamos. Apenas se halla en presencia de un individuo de su especie, el perro, que se supone enfermo, trata de precipitarse sobre él si está verdaderamente rabioso; y si puede alcanzarle le muerde con furor.

»Y ¡cosa extraña! todos los animales rabiosos, cualquiera que sea la especie á que pertenezcan, sienten la misma impresion en presencia del perro. Todos se excitan al verle, todos se exasperan, se enfurecen, se lanzan contra él y le acometen con sus armas naturales: el caballo con sus cascos y sus dientes y el toro con sus cuernos.

»Hasta el mismo carnero, desechando su pusilanidad natural, bajo el imperio de la rabia, léjos de atemorizarse á la vista del perro, le arremete con la cabeza baja y le obliga á huir ante sus ataques.

»La mayor parte del tiempo, esta particularidad tan significativa no llama la atencion de aquel que la observa, ni le hace concebir sospecha alguna; y esto consiste en que con el amo y los amigos de la casa no ha cambiado aun nada en el carácter del perro, que al ver un individuo de su especie se irrita de una manera excepcional.

»Citaré aquí una anecdota que dará á conocer la importancia diagnóstica de este hecho curioso, mejor que todos los comentarios.

»Hará veinte años que una persona condujo á Alfort en

un cabriolé de plaza de dos ruedas, un bonito perro de caza, que fué colocado sin bozal en el fondo del vehiculo, es decir, bajo las piernas de su amo y el cochero. Durante todo el trayecto, y á pesar de la excitacion que podia causarle la presencia de una persona extraña, aquel perro permaneció tranquilo. Entró el coche en la Escuela, hasta el patio de los hospitales, y una vez allí, el amo del perro le cogió en sus brazos y le llevó á mi gabinete, al que me trasladé yo acto continuo. Dióme aquella persona por único detalle, que el animal estaba triste hacia dos días y se negaba á tomar el alimento; y como yo no me hallaba entonces prevenido contra la rabia, como lo estoy ahora, ni conocia todos sus modos de manifestarse, coloqué al perro sobre mis rodillas para examinarle mas de cerca. Ya iba á levantarle los labios á fin de ver la coloracion de las mucosas, cuando entró en el gabinete un perrito de lanas que yo tenia.

»Apenas le divisó el otro, escapóse de entre mis manos sin tratar siquiera de morderme, y acometió al perrito, que pudo escapar sin sufrir averia. Este movimiento imprevisto, y contrario al carácter del animal, segun me dijo su amo, fué para mí un rayo de luz: sospeché que estaba rabioso, y habiéndole encerrado inmediatamente, sucumbió á los tres días á consecuencia de la enfermedad.

»Vemos, pues, que nada es mas sospechoso que un perro, que contra sus costumbres y su indole, se manifiesta de pronto agresivo con los animales de su especie.

»Hay otra particularidad que importa mucho conocer para evitar no pocas desgracias. Sucede con frecuencia que el perro atacado por los primeros síntomas de la rabia se escapa de la casa y desaparece: diríase que comprende el mal que podria hacer, y que para evitarlo huye de aquellos á quienes profesa cariño. Sea lo que fuere de esta interpretacion, lo cierto es que muy á menudo abandona á sus amos y no se le vuelve á ver, bien porque haya ido á morir á un sitio retirado, ó porque, y este es el caso mas frecuente en las poblaciones, se dé á conocer por sus destrozos en hombres y animales, y reciba la muerte.

»Pero en algunos casos, demasiado numerosos por cierto, el pobre animal, despues de haber vagado un día ó dos y librándose de las persecuciones, vuelve á la casa de sus amos, obedeciendo á una atraccion fatal. En tales circunstancias, principalmente, es cuando ocurren las desgracias. En efecto, al volver el *pobre extraviado*, todos se acercan á él, todos quieren socorrerle, pues se ha visto abandonado y perseguido y se halla cubierto de sangre y de lodo; pero ¡ay de aquel que osare acercarse! En el período á que ha llegado su enfermedad, la propension á morder es ya bastante imperiosa para dominar al sentimiento afectuoso, por profundo que sea, y con harta frecuencia le induce á contestar con mordiscos á las caricias que le hacen, á los cuidados que le quieren prodigar.

»Tambien hay aquí motivo, pues, para tener por sospechoso al perro que vuelve al hogar doméstico despues de haber estado ausente un día ó dos, sobre todo si se halla en el estado de miseria que acabamos de indicar.

»La rabia canina no es, por lo tanto, una enfermedad caracterizada por un estado de furor continuo, tal como lo considera generalmente el vulgo que no cree en la existencia del mal ni le juzga sino por los síntomas de su último período. Pero antes de que estos aparezcan y de que el perro enfermo se manifieste del todo rabioso y lo dé á conocer con sus mordiscos, trascurre un largo plazo, durante el cual es inofensivo, aunque se haya declarado la enfermedad evidentemente.

»Hé aquí la verdad que nosotros quisiéramos poner de relieve, porque si el público se penetrase bien de ella, y supiera

(1) Resumen de medicina veterinaria, 1847, p. 222.